

# Adolescencia, orden a través de fluctuaciones y psicopatología. Una concepción post-racionalista de los trastornos mentales y su tratamiento sobre la base de la teoría del caos. \*

Juan Balbi

**Abstract:** Los hallazgos de investigaciones sobre los efectos de duelo en la regulación psicológica, fisiológica e inmunológica, prueban la existencia de vínculo intrínseco entre los procesos afectivos personales y la salud mental y física en los individuos. Estudios en psicología evolutiva y experimental revelan el predominio de metarrepresentaciones tácitas en la relación funcional recíproca existente entre los procesos afectivos de cada individuo y la evolución de su experiencia de identidad personal. Se concibe el sí-mismo como un sistema auto-organizado, que rara vez permanece en equilibrio, y que al enfrentar períodos cíclicos de metaestabilidad, generados por discrepancias que surge como resultado de su propia actividad sistémica, desarrolla niveles de complejidad cada vez mayores por medio de la integración de esas discrepancias en un nuevo orden autorreferencial. Esa progresión ortogenética de cada sistema personal es dada por su capacidad de estructurar en términos de identidad y conocimiento tácito de Sí, el fluir continuo de los estímulos afectivos que le arriban de los pormenores de las relaciones interpersonales significativas. El sí-mismo, que durante la infancia funciona a la manera de un sistema determinístico, en la adolescencia cuando por primera vez en el ciclo de la vida atraviesa una zona de bifurcación, manifiesta un comportamiento homólogo a un sistema lejano del equilibrio, que opera según el orden a través de fluctuaciones. Las discrepancias afectivas que surgen en la adolescencia, a consecuencia de la emergencia del pensamiento abstracto, confrontan al individuo por primera vez en su ciclo de vida con un proceso que es el paradigma de toda psicopatología: duelo metarrepresentacional tácito. Como respuesta a las fluctuaciones del proceso de duelo, el sistema personal se reorganiza como un sistema abstracto emergente mediante el cual la experiencia de identidad personal se autorregulará en el resto del ciclo vital: "sentido afectivo personal". El grado de vulnerabilidad psicopatológica de cada persona depende de dos factores: a) la magnitud de las fluctuaciones provocadas por el duelo metarrepresentacional tácito adolescente, y b) el nivel de plasticidad y abstracción con el que se resuelve el proceso de duelo en las etapas de la juventud.

**Palabras clave:** orden a través de fluctuaciones, metarrepresentación tácita, duelo metarrepresentacional tácito, metaconciencia afectiva, autoconciencia fenoménica, sentido afectivo personal, experiencia de identidad personal.

**Introducción:** La premisa de la teoría del apego, que un vínculo de buena calidad es fundamental a fin de que el niño adquiera en el curso del desarrollo una eficaz capacidad de autorregulación emocional, es hoy compartida en el ámbito de la comunidad científica. Son numerosas las investigaciones realizadas en las últimas décadas en relación a las habilidades del neonato humano para mantener complejas

*\*Traducción del original en inglés: Juan Balbi, "Adolescence, Order through Fluctuations and Psychopathology. A Post-Rationalist Conception of Mental Disorders and Their Treatment on the Grounds of Chaos Theory", Chaos and Complexity Letters, Volume 9, Number 2, (pp 85 a 105), 2015, Nova Science Publishers, Inc.*

relaciones intencionales, que confirman que un buen vínculo de apego durante los estadios de la infancia, la niñez y la adolescencia facilita el desarrollo funcional de aquellos precoces recursos innatos hacia niveles de abstracción y eficacia creciente, que a su vez garantizan una buena regulación emocional; mientras un vínculo disfuncional crea las condiciones estructurales para el desarrollo futuro de diversos trastornos psicológicos (Ainsworth 1985, 1991; Target, 1997; Guidano 1987; Guidano y Liotti 1983; Lambruschi, 2004; Liotti 1991; Main 1991; Nardi, 2013; Parkes 1991; Reda 1986, 1996, 2005; Trevarthen 1993, 1998). Por otra parte, estudios relativos al efecto del vínculo afectivo sobre la regulación, no sólo emocional y psíquica, sino también fisiológica e inmunitaria, revelan la relación íntima existente entre el proceso afectivo personal y el estado de salud psíquica y física de cada individuo. En este sentido, los resultados de investigaciones científicas llevadas a cabo en diversos centros de Italia y el Reino Unido, sugieren una asociación entre apego evitante y la función inmunitaria alterada (Picardi et al., 2013). En tanto algunos científicos, del resultado de investigaciones con seres humanos y primates Rhesus, interpretan que habría una particular interacción entre gen y ambiente, llamada “maternal buffering”, por la cual la relación de apego seguro confiere elasticidad a los individuos portadores de aquellos alelos que aumentarían el riesgo de resultados adversos (depresión, agresividad, adicciones) durante el desarrollo adolescente (Suomi, 2011).

Tanto de los resultados de la investigación científica, como de las observaciones de la práctica clínica, surge con evidencia que la intersubjetividad de la experiencia humana se caracteriza, durante todo el ciclo vital, por un ordenamiento autorreferencial de base a través del cual la construcción de la imagen de una persona significativa está siempre estrechamente correlacionada a la percepción de sí mismo. De tal modo, una autorregulación emocional independiente de las relaciones afectivas significativas no es posible, no sólo en la infancia, sino también en la vida adulta (Guidano 1991). Es debido a esto, que cualquier oscilación en la imagen del partner afectivo tendrá un efecto significativo sobre la experiencia de continuidad y

aceptabilidad del propio sentido de sí. En esta particular relación sistémica entre proceso afectivo e identidad personal radica también la razón por la cual la experiencia de pérdida del partner afectivo, desencadena un proceso de duelo que suele estar en la base de los trastornos psicopatológicos.

La relación entre proceso de duelo por la pérdida de una persona significativa y trastornos del humor pertenece a una larga tradición de estudio de la psicopatología; muchos autores defienden la idea de que la depresión es una forma patológica del duelo (Bowlby, 1969, 1973, 1982; Freud, 1917; Worden, 1991). Freud sugirió hace más de un siglo que tanto la histeria como la melancolía son manifestaciones de duelo patológico y que si se rastrea el inicio de la sintomatología, generalmente éste se halla poco después de alguna pérdida (Freud y Breuer 1893). En “Duelo y melancolía” el creador del Psicoanálisis señaló que la melancolía era una forma patológica de duelo, muy parecida al duelo normal pero con ciertos rasgos diferenciales. En aquella, según él, los impulsos de rabia hacia la figura de la persona pérdida, característicos del proceso de duelo, se dirigen hacia uno mismo (Freud 1917). Esta observación de Freud es compartida por numerosos estudiosos; la explicación del mecanismo descrito radicaría en que la depresión puede servir también como defensa frente a las reacciones de duelo, ya que si el enojo se dirige hacia sí mismo, se desvía del fallecido y esto evita que el superviviente se tenga que enfrentar de manera consciente con sus sentimientos ambivalentes hacia la persona amada (Dorpat, 1973).

John Bowlby sostuvo que su experiencia clínica y el examen de las pruebas que analizó durante la construcción de su Teoría del Apego, le dejan pocas dudas en cuanto a la verdad de la proposición básica freudiana, es decir, que la mayor parte de los trastornos psiquiátricos son la expresión de un duelo patológico. El enfoque adoptado por Bowlby en “Loss, Sadness and Depression” (1982) es el mismo que el de Lindemann (1944) quien, al relacionar con sus contrapartes sanas los diversos procesos patológicos de duelo, los considera como exageraciones o deformaciones de los procesos normales. Es coincidente la opinión de que la pérdida de una persona

amada puede afectar todas las áreas de la experiencia: sentimientos y emociones, la cognición, las sensaciones corporales y el comportamiento. Asimismo hay un acuerdo generalizado entre los especialistas en que la mayoría de las conductas y reacciones emocionales normales de un duelo son idénticas a las manifestaciones clínicas de la depresión y otros trastornos psicopatológicos. En ambos tipos de procesos se encuentran los mismos síntomas: tristeza intensa, pérdida de interés, disminución de la energía, trastorno del sueño, pérdida del apetito, ansiedad, desesperación, culpa y autorreproche, hipersensibilidad al ruido; sensaciones de vacío en el estómago y opresión en el pecho, falta de aire, alucinaciones, etc. (Parkes and Weiss 1983; Sanders 1989; Worden 1991).

La mayoría de los especialistas coinciden en que el duelo es un proceso “fisiológico” que se despliega en el tiempo a través de una fase inicial de embotamiento de la sensibilidad a la cual sigue una de negación de la pérdida; luego una tercera fase caracterizada por un sentimiento de desesperanza y desorganización de la propia imagen, como productos de la aceptación de la pérdida; y por último, una fase caracterizada por el reordenamiento del propio sentido personal y la posibilidad subjetiva de proyectarse en otra relación afectivamente significativa. En la segunda fase, la persona experimenta intensos sentimientos de ansiedad y desesperación que forman parte de su imperiosa y persistente necesidad de recuperar a la persona perdida; suele tener sensación de la presencia de ésta, aun teniendo certeza lógica de lo contrario, y en muchos casos tiene la ilusión óptica de verla. La presencia de sentimientos ambivalentes hacia la persona perdida, con reacciones de cólera y odio, forman parte del proceso de un duelo normal. Existe también un acuerdo generalizado en que cualquier interferencia en este proceso promueve el desarrollo de reacciones anormales de duelo (abnormal grief reactions) que conforman alguna de las variantes de un duelo complicado (complicated mourning), un cuadro clínico para el cual han sido desarrollados métodos específicos de tratamiento (Bowlby 1983; Neimeyer 2012; Parkes 1991; Parkes and Weiss 1983; Worden 1991).

La substancial diferencia entre el proceso de duelo causado por la muerte del partner y el que sigue a una separación física por fracaso sentimental, debe ser tomada en cuenta cuando se analiza la relación causal entre psicopatología y duelo. Estas dos situaciones difieren en cuanto se refiere a la estructura del cambio que sobreviene en la imagen construida del otro significativo. En el caso de muerte, la persona pierde el contacto físico y emocional con la persona amada, pero puede conservar intacta la imagen construida de ésta. En el caso de fracaso sentimental el contacto físico y emocional, habitualmente se mantiene en el tiempo y la imagen del otro resulta radicalmente transformada a través de un largo y complejo proceso, durante el cual se elaboran y asimilan las tonalidades emotivas ambiguas y ambivalentes que son propias de este tipo de duelo. El proceso de separación es tan complejo que en aquellas relaciones con alto nivel de involucramiento afectivo, es frecuente que resulte la fase cuantitativamente más larga de toda la relación. Coincido con Guidano cuando afirma que para comprender en toda su dimensión la influencia que la separación afectiva tiene en el desencadenamiento de fenómenos psicopatológicos, ésta no debe ser considerada simplemente como un evento más o menos perturbador, sino como un complejo proceso multidireccional que se despliega en el tiempo de modo oscilante entre patrones de acercamiento y evitación entre ambos miembros de la pareja. Del mismo modo como ocurre al inicio de una relación, en la fase de involucramiento, en el transcurrir de esta secuencia cíclica entre actitudes de acercamiento y alejamiento afectivo, es que ambos miembros de la pareja pueden cambiar la imagen construida del partner y de sí mismos en relación a éste (Guidano, 1991). Además, este proceso se verifica del mismo modo tanto en la fase terminal de las relaciones sentimentales como en el curso de la separación afectiva entre el adolescente y sus progenitores durante el desarrollo (Bloom, 1980; Guidano, 1991, Weiss, 1991).

De acuerdo con las consideraciones precedentes, y los resultados de la investigación en psicología experimental, que han revelado el predominio del conocimiento tácito en la relación funcional existente entre los procesos propios de la dimensión afectiva

y la evolución de la experiencia de identidad personal: en este artículo se defiende la tesis de la existencia de un proceso de duelo tácito que se desencadena en la adolescencia como parte normal del desarrollo, y cuya elaboración está en la base, tanto de la organización funcional del sentido de identidad personal, como de los graves trastornos psicopatológicos que se manifiestan en esa fase del desarrollo.

## PREMISAS TEÓRICAS

### **La conciencia establece la cualidad específica de la fenomenología que el sujeto experimenta.**

La conciencia no es un epifenómeno; la conciencia es un fenómeno emergente de la actividad sistémica del cerebro y, como todos los fenómenos emergentes, tiene la capacidad de influenciar retroactivamente, con su propia actividad, el sistema del cual emerge (Froufe, 1985, 1997, Sperry, 1976). Siegel propone que las representaciones generadas en la experiencia, a través la estimulación de los circuitos cerebrales que median de manera específica el *processing* de los diversos tipos de información, despliegan un rol fundamental en determinar no sólo cuáles son las informaciones que arriban a la mente, sino también la modalidad con la cual la mente desarrolla la capacidad de elaborar tales informaciones (Siegel, 1991, P. 16). Eccles después de haber analizado los estudios efectuados por Ingvar (1990) sobre la capacidad de generar eventos neurales de parte de los eventos mentales que este investigador llama ideación pura (eventos cognitivos que son independientes de cualquier estimulación sensorial o prestación motora en curso), declara: “Ha sido experimentalmente demostrado que las intenciones activan la corteza cerebral en ciertas regiones bien definidas antes que se verifique el movimiento” (Eccles, 1994, p. 196).

El efecto placebo, definido como un cambio orgánico o mental que se produce como consecuencia de un significado simbólico que se atribuye a un evento o a un objeto en ámbito sanitario, es otro sector de investigación que nos permite entender como la mente ejerce su influencia sobre el cerebro; recientes estudios conducidos por investigadores de la Universidad de Turín han permitido identificar los cambios que

se producen en el cerebro del paciente como consecuencia de la administración de un placebo, particularmente en el dolor, en la enfermedad de Parkinson, y en la performance en los deportes y ambientes extremos. Estos estudios mostraron que la administración de un placebo activa los mismos mecanismos activados por los fármacos (Benedetti, 2012). Más específicamente, los resultados de pesquisas realizadas en el campo de la psicología experimental por investigadores de la Universidad Autónoma de Madrid, sobre la capacidad de la mente Humana para percibir, aprender y recordar información que, en apariencia, nos pasa inadvertida, confirman que la conciencia es un sistema activo, constructivo y poseedor de un auténtico estatus causal (Froufe, 1997). Estos investigadores han demostrado que la conciencia define la cualidad específica de la fenomenología que el sujeto experimenta, por medio de recursos selectivos tácitos que le permiten enfocar la atención sobre algunas representaciones y procesos mentales, a expensas de otros, determina que contenidos se evidencian a nivel fenoménico y que otros permanecen a nivel inconsciente. De este modo, la conciencia fenoménica funciona como un sistema de control central que excluyendo activamente cualquier contenido que pueda ser discrepante, nos permite experimentar un sentido de identidad continuo y subjetivamente viable (Froufe, 1997, 2003, Froufe, Sierra & Ruiz, 2009).

### **La mente humana procesa representaciones inconscientes:**

Los mismos investigadores han demostrado la existencia de una instancia de conocimiento tácito que opera en relación funcional con la conciencia fenoménica. Esta organización procesa contenidos mentales que no son acompañados de la correspondiente experiencia fenoménica, pero que, como aquellos conscientes, implican siempre una connotación semántica y relacional. Es decir, se trata de representaciones inconscientes psicológicamente activas e intrínsecamente intencionales que tienen una fuerte impronta en determinar el contenido de la experiencia fenoménica y la conducta del sujeto. Los investigadores han también verificado que esta organización tiene un sistema de procesamiento en paralelo que

dispone de una capacidad operativa muy superior a aquella de la conciencia fenoménica, que opera en modo lineal. Una de las consecuencias de esta diferencia operativa es que mientras a nivel consciente la ejecución de un contenido explícito implica siempre la exclusión de cualquier otro significado alternativo, en la instancia inconsciente, del mismo modo como ocurre en los sueños y en el proceso psicótico, la ejecución de un determinado contenido no implica la exclusión de los otros significados alternativos (Balbi 2011; Froufe, 1997, 2003; Froufe & Sierra 2009). En este sentido, el sistema de conocimiento tácito que estos investigadores han denominado “Inconsciente Cognitivo”, opera según el principio de no contradicción que una vez Freud (1895) atribuyó a lo él llamó “proceso primario” (Díaz-Benjumea 2002). Otra característica de procesamiento de los contenidos inconscientes que ha sido comprobada, y que es muy importante conocer para la comprensión de los fenómenos psicopatológicos, consiste en el hecho que la influencia de estos contenidos sobre la experiencia fenoménica es siempre mayor de aquella que ejercen los contenidos explícitos.

De acuerdo con este nuevo conocimiento de la psicología científica es legítimo sostener que la persona puede tener afecto, competitividad, envidia, rabia, celos o deseo de venganza hacia otro, sin sentirlo a nivel consciente; y también, que estas emociones, sentimientos e intenciones, pueden ser contemporáneas y contradictorias entre ellas y con aquello que el sujeto experimenta a nivel consciente. A los fines de una mejor comprensión de lo que sostenemos en este artículo es necesario remarcar que meced a esta modalidad de funcionamiento del conocimiento tácito: a) es posible tener un sentimiento complejo como el duelo provocado por una pérdida afectiva, sin sentirlo a nivel consciente y b) que este duelo tendrá una impronta mayor en la experiencia fenoménica y en la conducta del paciente que si fuera procesado de modo consciente.



## **El Sí-mismo como un sistema complejo, y las limitaciones del método psicoterapéutico**

Sostenemos la premisa formulada por William James (1890): el sí-mismo debe ser entendido como el dato inmediato en psicología; ya que los únicos estados de conciencia que existen y podemos estudiar están en la mente de carácter personal, yo y tú concretos y particulares. De acuerdo con esta premisa, defendemos la idea de que para llegar a la construcción de un modelo eficaz de psicoterapia basado en explicaciones plausibles de la etiología de los fenómenos psicopatológicos, se requiere un análisis exhaustivo de los procesos del sí-mismo y de su disfunción (Balbi, 2004; Guidano 1987, 1991; Mahoney, 1991).

Según Maturana y Varela (1984) los seres vivos, como resultado de una constricción evolutiva básica, se organizan con el fin de preservar su identidad como sistema. En tales sistemas, la constante fundamental es el mantenimiento de su organización, que se define como un modo específico de relación funcional entre sus componentes, mientras suceden continuos cambios estructurales activados por perturbaciones que llegan desde el entorno, o como resultado de su propia actividad sistémica. La organización de un sistema de este tipo no está definida por las propiedades de sus componentes, sino por sus relaciones y los procesos que los producen. Estos sistemas son autónomos, cerrado sobre sí mismos, es decir, no puede ser “in-formados”; tanto en su organización, como en los cambios estructurales, que están definidos por la legalidad del sistema y no por las interferencias provenientes del ambiente. De acuerdo con este principio, Guidano concibió el sí-mismo como un sistema auto-organizado, y por lo tanto un sistema ortogenético. En sus propias palabras: "una entidad auto-organizada se puede describir como un sistema de crecimiento cuyo desarrollo a través de la vida se rige por el principio de progresión ortogenética; esto significa que el sistema se dirige hacia niveles más integrados y más complejos de orden estructural. [...] La propiedad clave detrás de la autonomía de cualquier forma de auto-organización reside en la capacidad del sistema para transformar en autorreferenciales las perturbaciones aleatorias que vienen, ya sea del medio

ambiente o de las oscilaciones internas” (1987, pág. 10). Esta premisa será crucial en el diseño de un mecanismo terapéutico eficaz: ya que el sistema no puede ser moldeado a partir de su exterior, el único procedimiento adecuado, en lugar de suministrarle información desde el exterior, es la de crear las condiciones para perturbarlo estratégicamente, conduciendo su atención a su propios procesos y contenidos tácitos. De este modo, mediante la integración de información sobre sí mismo en su propia dimensión consciente, como en un fenómeno de entropía negativa, el sistema personal tiende a reorganizarse en un nivel de complejidad mayor (Fantappiè, 2011).

Guidano (1987, 1991) propone su noción de “Organización del significado personal” para describir la forma específica que toma la auto-organización en el proceso de desarrollo del sí-mismo. Según este autor, cada OSP es un sistema de autoconocimiento que se caracteriza, tanto por una particular cualidad de experiencia inmediata tácita de Sí como por un modo, también específico, de reorganizar esa experiencia en un nivel más explícito. En ese sentido, la autonomía e invariancia de cada sistema personal es dada por su capacidad de estructurar en términos de identidad y conocimiento tácito de Sí, el fluir continuo de los estímulos afectivos que le arriban de los pormenores de las relaciones interpersonales significativas. Es gracias a la clausura organizacional de su nivel tácito y a la apertura estructural de su nivel explícito, que el sí-mismo posee la capacidad de procesar un sentido de identidad personal coherente y estable, al mismo tiempo que sufre transformaciones estructurales progresivamente abstractas de su coherencia interna; que resultan necesarias para lograr un acoplamiento eficaz a nuevos, y más complejos, contextos relacionales afectivos. Si bien cada forma de organización de significado personal es única y peculiar, a los fines metodológicos es posible encontrar algunas regularidades que permiten ordenarlas y reagruparlas en patrones de organización del significado personal. Sobre esa base Guidano construye una nosología de la identidad constituida por cuatro categorías de funcionamiento, las OSP, depresiva, fóbica, obsesiva y tipo trastornos del comportamiento alimentario (eating disorders) (Guidano 1987, 1991;

Guidano y Liotti 1983); aunque no está dentro de los límites de este artículo justificar la siguiente afirmación, debo decir que personalmente considero válidas sólo las tres primeras (ver Balbi 2014). Esta nosología de la identidad resulta de suma utilidad en la práctica clínica; ya que a la hora de realizar tanto la evaluación diagnóstica, como durante todo el resto del tratamiento, el terapeuta cuenta con una llave teórica que le facilita la construcción de hipótesis ceñidas al específico proceso personal que está siguiendo, y, de este modo puede guiar más asertivamente la auto-observación del paciente.

Como podemos ver, un aspecto de importancia crucial en el desarrollo del sí-mismo es la relación funcional que se establece entre el nivel tácito de la consciencia personal y el explícito. Esta relación está fundamentalmente marcada por la diferencia temporal existente en la emergencia de ambos niveles de conocimiento de sí. El nivel de conocimiento tácito, que aparece primero durante el desarrollo cuando la capacidad de verbalización, abstracción conceptual y conciencia reflexiva es absolutamente insignificante, promueve en la infancia una percepción inmediata y global de sí. En tanto que un nivel estructurado superior de conocimiento explícito, y conciencia de sí mismo, se alcanza en las fases avanzadas del desarrollo después de un proceso lento y gradual. En el curso del periodo que va del nacimiento al final de la niñez, se organiza progresivamente un sistema de reglas tácitas de ordenamiento de la experiencia de sí del cual es posible llegar a ser consciente, sólo en parte, durante la primera juventud. En el periodo adolescente, con la emergencia del pensamiento abstracto, la relación entre conocimiento tácito y explícito de sí sufre una reorganización revolucionaria, en términos de abstracción e integración, como resultado de la cual la percepción inmediata de sí hasta ese momento elaborada se reestructura radicalmente. La complejidad sistémica del desarrollo del sí-mismo es también debida a que los niveles de conocimiento tácito y explícito no constituyen las polaridades extremas del continuum de una dimensión única; son en vez, dos dimensiones independientes e irreductibles entre sí, que se encuentran en relación funcional continua y permanentemente oscilante. A causa de esa irreductibilidad y

permanente oscilación entre ellos, la relación entre los dos niveles de conocimiento de sí sufre un proceso de reestructuración si fin, a través del cual el sí-mismo, funcionando como un sistema complejo, no lineal, que evoluciona en el tiempo, deviene un inagotable proceso generativo que no alcanza nunca un estado particular de equilibrio final (Guidano, 1987; Siegel, 1999).

Ha sido Prigogine quien, añadiendo la variable tiempo en el análisis de los fenómenos físicos, ha demostrado que en el “orden a través de fluctuaciones” el equilibrio no es el único estado final posible. En los estados alejados del equilibrio, afirma Prigogin, la materia se transforma en “sensible” y en estas condiciones las ecuaciones, que ya no son lineales, dan origen a muchos estados posibles, estos estados son las distintas estructuras disipativas accesibles. A partir de la termodinámica no-lineal de los procesos irreversibles de Prigogine, las explicaciones de la biología, las ciencias sociales y la psicología, se tornan compatibles, ya que los organismos, las organizaciones sociales y los fenómenos mentales, pueden ser comprendidos como estructuras disipativas sujetas a fluctuaciones, que en lugar de tender a un estado más probable (el equilibrio) se reorganizan cada vez en un nivel de mayor complejidad (Allen, 1998; Prigogine, 1976, 1993, 1997; Prigogine & Stengers, 1985, 1988).

Guidano (1987), siguiendo a Prigogine propone concebir el sí-mismo como un sistema no lineal que evoluciona progresivamente en el tiempo a través de emergencias críticas y discontinuas. Una variable de importancia fundamental en esa progresión de la organización de la identidad personal, es la aparición de transformaciones en la experiencia subjetiva de la irreversibilidad del tiempo. En la infancia la experiencia de una simetría temporal es virtualmente absoluta. El niño desde el punto de vista subjetivo no ve una conexión entre su pasado y su futuro, y su experiencia personal es percibida como algo que ocurre en un continuo presente. En la adolescencia las emergentes estructuras cognitivas abstractas impiden la continuidad de la experiencia de una simetría temporal y conducen a una creciente diferenciación, tanto de la experiencia de sí en el presente con aquella del pasado,

como de la imagen de sí mismo en el futuro. El sí-mismo, que durante la infancia funciona como un sistema determinístico, en la adolescencia cuando por primera vez en el ciclo de la vida atraviesa una zona de bifurcación, manifiesta un comportamiento homólogo a un sistema lejano del equilibrio, que opera según el orden a través de fluctuaciones. En el resto del ciclo de vida individual, el sí-mismo presenta una tendencia oscilante, discontinua y bifásica, periodos de relativa estabilidad, en los cuales el sistema se manifiesta muy predecible, se alternan con periodos de meta estabilidad, en los cuales una mínima perturbación desencadena una crisis existencial que lleva a un cambio revolucionario en el patrón de consistencia interna del sistema. Este proceso comporta siempre una profunda reorganización de la experiencia personal. En condiciones favorables, estos cambios en el sistema generan una nueva forma de autorregulación, articulada en un nivel de abstracción mayor, a través de la cual es posible mantener la continuidad de un sentido de sí viable. Condiciones de menor nivel de abstracción del sistema de la conciencia personal, por lo general conducen a una descompensación clínica, es decir, a un colapso en la capacidad del individuo para funcionar incluso de acuerdo con el nivel de organización anterior (Balbi, 2009, 2013, 2014; Allen, 1981; Brent, 1984; Guidano, 1987, 1991). En este sentido, el comportamiento del sí-mismo es compatible con el resultado de investigaciones realizadas en el campo de la fisiopatología, que proponen un nuevo punto de vista sobre la enfermedad. Según estos estudios la patología no se iniciaría porque el sistema es modificado desde el exterior, sino que sería el resultado de un cambio en la dinámica del propio sistema, que previamente se verifica fisiológicamente intacto. Es decir, el desarrollo de una enfermedad estaría asociado al pasaje de uno a otro régimen dinámico del sistema; durante uno de esos cambios dinámicos, llamados bifurcaciones, y operando dentro de sus propios y restringidos parámetros de control, el sistema varía hacia una dinámica anómala. En tanto que sistemas fisiológicos, como el corazón, por ejemplo, cuando se encuentran con un índice mayor de variabilidad en sus parámetros, afrontan saludablemente el estrés generado en esas instancias de cambio dinámico.

Como ha sido señalado por Orsucci (2006), citando a Ari Goldberger: “Los sistemas sanos no requieren homeostasis, requieren caos”.

Esta es otra premisa crucial en el diseño de los mecanismos terapéuticos, si el sí mismo no funciona a la manera de un sistema homeostático, sino como un sistema alejado del equilibrio que evoluciona en el tiempo según el orden a través de fluctuaciones, no tiene sentido realizar una intervención terapéutica orientada a cancelar los síntomas, con el objetivo de que el sistema vuelva a funcionar según su nivel de autorregulación anterior. Por el contrario, es pertinente guiar estratégicamente al paciente en la auto-observación de su experiencia afectiva crítica, mediante una reconstrucción y análisis del proceso que conduce a los síntomas, con el objetivo estratégico de generar las condiciones para un incremento de su nivel de perturbación interna, mientras se le suministra apoyo para facilitar una reorganización progresiva de su sistema personal.

### **Significado y Sentido**

Es necesario llevar a cabo una diferenciación que, aunque a primera vista semeja ser solo de orden semántico, comporta importantes consecuencias de naturaleza epistemológica y teórica. Me refiero a la necesidad de diferenciar los alcances respectivos a las nociones de “significado” y “sentido” cuando éstas son empleadas para especificar fenómenos del dominio de la subjetividad. El uso de la palabra “significado” pertenece a una preciada tradición de la psicología cognitiva de orientación constructivista, iniciada a mediados del siglo pasado. Para esa época, en un contexto cultural en el cual la lingüística formal y el estructuralismo comenzaban a ejercer una influencia decisiva en las ciencias humanas, Jerome Bruner con la publicación de “Acts of Meaning” (1990) desafió los principios conductistas y los del naciente cognitivismo de base informática-computacional afirmando que el “significado” debía ser tomado como el concepto fundamental de la psicología. Sostuvo este pionero del cognitivismo constructivista que, antes que en cualquier otra cosa (las respuestas a estímulos, la conducta observable, los bits de información y su

transformación, etc.) la psicología debía centrar su esfuerzo especialmente en el estudio de las actividades simbólicas empleadas por los seres humanos para otorgar significado al mundo y a sí mismos. Desde entonces, y hasta nuestros días, la palabra inglesa “meaning” ha permanecido como centro del movimiento constructivista, y su traducción, “*significado*”, ha invadido el mundo de la psicología cognitiva de habla hispana e italiana. Lamentablemente, a pesar de querer dejar atrás la connotación asociada al procesamiento de información, el término *significado* continúa arrastrando un tinte cognitivo que parece no brindar lugar a factores experienciales ni emocionales.

Luego de décadas de usar el término “significado” de manera indistinta, resulta conveniente difundir la noción de “sentido”, como una clave que puede sentar las bases para la génesis de una alternativa ontológica particularmente fiel a la naturaleza de la subjetividad humana. Para connotar un dominio de la experiencia personal – en el cual las emociones y los sentimientos tienen participación cardinal – y del cual el significado es sólo un aspecto. La noción de “significado” involucra una relación de correspondencia entre el mundo subjetivo y el mundo de las interacciones entre individuos; entre el símbolo y lo que el símbolo representa en una cierta comunidad semántica. La noción de “sentido” hace referencia a un orden ontológico totalmente diverso, propio únicamente de la subjetividad. “Sentido”, no especifica, como “significado”, un dominio de coordinaciones consensuales en una comunidad de sujetos parlantes, sino que define una porción de experiencia pura, a semántica, que existe como un instante de un proceso subjetivo individual. Esa porción unitaria de experiencia no cobra sentido en referencia a algo externo al propio proceso subjetivo, sino únicamente a expensas de su correspondencia con otras vivencias, otros estados intencionales de cualidad similar experimentados por la persona en otras instancias en las cuales ésta se ha concebido existencialmente análoga. Según el punto de vista que estoy exponiendo, la experiencia de sentido personal es el resultado de una articulación dialéctica entre la vivencia actual y el mundo psicológico históricamente estructurado del sujeto (Balbi, 2009; González Rey, 2009, 2011). La vivencia de

sentido requiere de un sistema cognitivo dotado, no sólo de experiencia autoconsciente; sino que el sujeto, además, debe poder experimentar su presente como una instancia coyuntural entre su propio pasado y su propio futuro. Una experiencia factible, en el ciclo de la vida, recién a partir del desarrollo de estructuras cognitivas abstractas, que suscitan la experiencia subjetiva de temporalidad personal. Para difundir estas nuevas distinciones a la comunidad de habla inglesa, parecería que el término “sense” es apropiado para denotar lo que, en idioma español llamamos “sentido”. Consecuentemente, se puede hablar de “subjective sense”, y “sense of oneself”; conceptos claves para el entendimiento y esclarecimiento en temas de, subjetividad, psicopatología y psicoterapia.

### **Epistemología evolutiva, análisis de las emociones, intersubjetividad y metarrepresentación afectiva en la organización del conocimiento.**

Desde esta perspectiva, la fuente y el desarrollo del conocimiento, en sentido amplio, se analizan teniendo en cuenta especialmente la evolución de la vida en el planeta. Una perspectiva evolucionista que concibe el conocimiento como una función de los seres vivos, y que por lo tanto ha evolucionado con ellos, hace posible una aproximación analítica de la estructura de la experiencia humana, ya que integra en su análisis nuestro peculiar modo de ser animales. Acuerdo con Guidano cuando dice que la epistemología evolutiva debe ser el fundamento de cualquier metodología congruente de la psicología cognitiva. Afirma este autor que es posible plantear el problema de la subjetividad personal en términos biológicos si el surgimiento de la conciencia se toma como un imperativo auto-referencial específico de nuestra especie en un momento determinado de su evolución. Guidano dijo en referencia: "... si el conocimiento se distribuye a lo largo de un continuo que va desde el comportamiento exploratorio rudimentario temprano hasta la autoconciencia humana, la evolución surge como una estrategia reguladora esencial dirigida a lograr la estabilidad en un medio siempre cambiante mediante el logro de niveles más complejos de funcionamiento autorreferente autónomo" (1991, pág. 21). Es fundamental, en esta



línea de pensamiento, tener en cuenta el hecho de que los seres humanos somos primates y como tales, somos animales que viven socialmente y en un lazo afectivo a lo largo de todo el curso de nuestras vidas individuales. En todos los primates se ha superpuesto un mundo social altamente complejo sobre el entorno meramente físico que es común a todos los animales. El rasgo distintivo de este "nuevo mundo" es que genera una realidad intersubjetiva; es decir, los primates viven en un mundo en el que el conocimiento de sí mismos y la realidad siempre depende del conocimiento recíproco de los demás (cómo veo a los demás y cómo me siento percibido por ellos). Este análisis permite afirmar que los componentes intersubjetivos de nuestra experiencia deben integrar la estructura básica de nuestras proposiciones sobre la naturaleza y el desarrollo de los procesos mentales humanos y no deben estar ausentes de ninguna teoría congruente que pretenda explicar el fenómeno de la identidad personal y sus procesos patológicos. Justificar la afirmación anterior requiere un análisis del proceso evolutivo que llevó a la forma específicamente humana de relación intersubjetiva, aquella que hace posible la aparición de la experiencia de la identidad personal. La supervivencia de un ser afectivo que vive una experiencia intersubjetiva depende en gran medida de su capacidad para reconocer los estados emocionales de los otros con los que vive y de su capacidad de expresar y simular sus propios estados emocionales. Esto explica el papel central de la expresión facial en los primates; su alta especialización y jerarquía como una pantalla terminal de estados emocionales. Primatólogos han demostrado que la capacidad de distinguir a los individuos es innata a todos los primates y que la cara es la parte del cuerpo que con mayor precisión y especificidad representa esa identidad distinguible de los demás.

Las emociones en la evolución aparecen con los primeros mamíferos, hace alrededor de ciento cincuenta millones de años. Sus predecesores, los reptiles, al salir del huevo sobreviven sin necesidad de ningún cuidado de parte de sus padres, ya que su adaptación al ambiente demanda solamente de la coordinación con variables que llegan del mundo físico. Los mamíferos, en vez, una vez nacidos tienen necesidad de

coordinarse con otro individuo, una hembra, que les procure nutrimento y cuidado por un periodo prolongado. Esta coordinación se realiza en la díada madre-cría a través de sus dispositivos emocionales innatos. Este mismo sistema controla, durante todo el período de crecimiento, los comportamientos de exploración y acercamiento para la búsqueda de protección propia de la relación de apego que es característica de los mamíferos. Posteriormente, en la vida adulta, las relaciones del individuo con los demás miembros del grupo serán reguladas mediante este mismo dispositivo emocional. Es decir, con la aparición de los mamíferos comienza una forma de vida en la que la relación con los otros miembros de la especie es la variable clave para la adaptación y la supervivencia del individuo. La forma específica de esta relación con los demás evoluciona, luego, en las distintas especies hasta llegar a la que conocemos en los seres humanos.

Es ampliamente aceptado entre los estudiosos de las emociones, que éstas, atenuando o amplificando la actividad del sistema psíquico humano, regulan tanto el pensamiento como el comportamiento. Las emociones, dicen, biológicamente más antiguas que la cognición, constituyen un sistema que dirige la atención y controla el ambiente, dando a la conciencia una evaluación inmediata y global del contexto, que facilita una rápida respuesta adaptativa (Damasio, 1994; Greenberg, Rice e Elliot, 1996; Reda, 1996; Siegel, 1999). Sin embargo, en los seres humanos, nada sucede fuera de los límites de la autoconsciencia personal, de modo que esta actividad reguladora del sistema emocional es a su vez mediada por el sistema del sí-mismo. A diferencia de como ocurre en los animales, a nivel humano, el sistema emocional implica siempre complejos estratos de procesos de orden cognitivo, intencional y afectivo que definen su funcionamiento. Como se puede verificar en el desarrollo individual, a medida que el niño avanza en la adquisición de recursos cognitivos de mayor nivel de operatividad y abstracción, sus reacciones emocionales y comportamentales devienen más plásticas y adaptativas a contextos relacionales más complejos. Es decir, antes que las emociones en sí mismas, los mecanismos de mediación emocional son los responsables del proceso que genera la manifestación a

nivel fenoménico o de conducta que podemos observar en las personas. Por lo tanto, lograr construir explicaciones plausibles de los fenómenos psicopatológicos requiere de un análisis exhaustivo de los mecanismos de mediación implicados en el funcionamiento del sistema emocional humano.

Aquel sistema emocional inicial de los mamíferos, aunque ya complejo, resulta simple comparado a la complejidad que adquirirá más adelante en primates y en el hombre. Podemos señalar dos características de las emociones que experimentan los mamíferos: a) regulan las condiciones de la relación en manera contingente, en el presente inmediato; por ejemplo, la ira sentida por dos lobos de un mismo grupo durante una pelea, cesa en el momento en el cual finaliza la pelea; b) operan en un estado puro, son concretas y discretas, desde el momento que son ellas mismas las mediadoras de la relación. Con el advenimiento de los primates, hace unos cuarenta millones de años, surge una nueva forma de relación entre los miembros del grupo, que genera un incremento del sentimiento de diferenciación individual y una manipulación más eficaz de las propias emociones, para asegurar el mantenimiento de buenas relaciones grupales y de amistad entre los miembros, que son esenciales para la supervivencia del individuo. Los primates viven en un dominio de relaciones intersubjetivas, en el cual las emociones son mediadas por operaciones metarrepresentacionales, que son posibles gracias a la emergente capacidad cognitiva de atribuir estados mentales al otro y de coordinarse con él, manipulando los propios estados mentales. Por primera vez en la historia de la vida, un animal es capaz de simular tener un estado intencional distinto de aquel que realmente experimenta, con la finalidad de generar una falsa creencia en otro. La realización de esta maniobra requiere una operación cognitiva compleja que consiste en la distinción entre el propio estado subjetivo, lo que el individuo experimenta, y el punto de vista objetivo, o sea, la atribución que el individuo hace de que cosa puede atribuir el otro que él está sintiendo, según lo que ve (de Waal, 1982; Gallup, 1970, 1977, 1982; Premack y Woodruff, 1978; Suomi, 1984; Whiten, 1995). Por ejemplo, en la lucha por el liderazgo, un chimpancé joven puede simular amistad y sumisión al jefe de su grupo,

ocultando la agresividad, mientras construye una nueva red de alianzas, para atacarlo en cuanto el contexto social se lo permite.

En los primates está el germen de aquella que será la diferencia evolutiva más significativa de nuestra especie, la especial habilidad para operar en niveles complejos de metarrepresentación recursiva (o intencionalidad recursiva) entendida como la capacidad de tener estados mentales referidos a otros estados mentales, propios o ajenos, que se refieren, a su vez, a otros estados mentales. Los humanos tenemos la capacidad de regular nuestro estado intencional en función de aquello que nosotros atribuimos que la otra persona presume que nosotros estamos sintiendo, en relación al sentimiento que esa persona tiene por nosotros. Este sistema recursivo es el que hace posible la experiencia, exclusivamente humana, del enamoramiento recíproco, un proceso desconocido por las personas afectadas de síndrome Asperger.

Tal sistema afectivo metarrepresentacional comienza a operar precozmente en el neonato humano con desarrollo normal. Una prueba de la indispensabilidad de una buena performance de este sistema se verifica en la dificultad que presentan los niños con autismo en el logro eficaz de relaciones interpersonales (Rivière, Sarria and Núñez, 2003; Balbi, 2009, 2011, 2012). Por el ejercicio de esta capacidad, los humanos, antes que en el mundo de las relaciones comportamentales concretas, vivimos en el mundo de las relaciones de estados intencionales, en el cual se despliega un dominio emocional constituido, en vez de por emociones discretas, por sentimientos complejos y representaciones y metarrepresentaciones afectivas abstractas. Este dominio se caracteriza, además, por el hecho, aparentemente paradójal, de que una mayor diferenciación de los otros implica simultáneamente un incremento máximo de la dependencia afectiva de los otros. De una parte, la posibilidad de una máxima diferenciación individual conduce a la experiencia de identidad personal (autoconsciencia abstracta); de otra, la representación de un sentido estable de máxima reciprocidad de parte de otro significativo (vínculo metarrepresentacional abstracto) se transforma en una condición imprescindible para mantener un sentido de continuidad personal subjetivamente viable. Vivir en un

mundo de relaciones abstractas ha desarrollado en los seres humanos un complejo sistema de regulación de las emociones, que en lugar de tener su función en adecuar el comportamiento a las exigencias sociales, está orientado a mantener la continuidad del sentido de identidad, a través de excluir del campo de la conciencia personal cualquier estado afectivo discrepante.

### **Metarrepresentación afectiva tácita y vínculo intencional en la organización del sí-mismo**

La conducta interpersonal de los niños, que en el segundo año de vida comienzan a operar en el dominio de la comunicación ostensiva y el juego de ficción, funciones que requieren de estructuras metarrepresentacionales para ser llevadas a cabo con éxito, es una prueba evidente de que a esa edad un complejo sistema cognitivo metarrepresentacional está ya disponible y operando de modo tácito. Otro sorprendente fenómeno en la evolución de los niños con desarrollo normal, es el hecho que con cuatro años de edad, antes que puedan resolver tareas operatorias clásicas de física y matemática, resuelven con éxito problemas de orden psicológico que requieren de capacidad operatoria de conservación y reversibilidad (niños con autismo de trece años, no obstante disponer de plena capacidad operatoria, e incluso abstracta, no consiguen resolver estas tareas de orden psicológico que requieren de las habilidades de la “teoría de la mente” (Balbi, 2009, 2011, 2013; Rivière, 2003; Rivière et al., 2003). Los niños con desarrollo normal disponen antes de los dos años de un sistema narrativo intencional pre lingüístico; es éste un sistema mental innato y originariamente tácito, especializado en inferir, atribuir, prever y comprender estados mentales durante las interacciones interpersonales, que consiente a los niños entender la trama de una secuencia de interacciones intencionales entre personas, mucho antes de que sean capaces de operar en el lenguaje. Como se sabe, el desarrollo cognitivo de la primera etapa de la vida es independiente del lenguaje; el desarrollo conceptual de los dos primeros años de vida se concreta en paralelo con el proceso por medio del cual el infante organiza sus propios esquemas sensoriomotores; es sólo sucesivamente

que el lenguaje facilita la articulación de un desarrollo conceptual que ha tenido su debut antes y del cual no es agente causal (Balbi, 2009a; Guidano, 1987, 1991; Langer, 1986, 2011; Tomasello, 2005). Del mismo modo, esta capacidad de comprender una secuencia de interacciones intencionales, en las cuales el niño mismo está involucrado en los dos primeros años de la vida, es el fundamento del desarrollo de la conciencia de sí, y ésta a su vez, la condición necesaria para el desarrollo del lenguaje; y no al contrario, como se ha concebido frecuentemente en la historia del pensamiento psicológico (Balbi, 2009).

A causa de esta función metarrepresentacional innata, el vínculo de apego del niño con su cuidador progresa en la primera fase del desarrollo desde un estado indiferenciado de “simbiosis afectiva”, en la cual el neonato se encuentra inmediatamente después del nacimiento, hacia un dominio de experiencia compuesto de una vasta gama de sentimientos de reciprocidad (Balbi, 2009; Wallon, 1987). Desde un punto de vista ontológico, la identidad personal se puede concebir como la experiencia afectiva resultante de percibir los contenidos y el operar de la conciencia fenoménica, aquella parte de nuestra mente a la cual tenemos acceso directo; ésta comienza a construirse al inicio del segundo año de vida, cuando se dispara la capacidad de intersubjetividad secundaria y el niño, distinguiendo su propio estado intencional, es capaz de darse cuenta de su rol activo en la coordinación afectiva con el adulto que lo cuida (Trevarthen, 1978, 1993, 1998). La percepción de cada nueva experiencia afectiva propia, en el curso de la relación con el otro, facilita una mejor demarcación de la experiencia ajena y promueve en el niño una expansión de su conciencia que, a su vez, lo prepara para nuevas distinciones en la variada gama de intencionalidad recíproca. Así inicia el proceso de coevolución y dependencia recíproca que prevé la organización del sí-mismo, entre la organización de la conciencia fenoménica personal y la organización de la propia estructura afectiva tácita. De una parte, la gradual integración del resultado de esas distinciones de estados intencionales cada vez más sutiles, de una gama de matices afectivos propios y ajenos progresivamente más amplia, promueve la organización de una

“**autoconciencia fenoménica**” que comienza a gestionar un embrionario sentido de sí más o menos estable y continuo, derivado de la experiencia afectiva que produce la incipiente percepción del funcionamiento de la propia mente durante las interacciones con el adulto significativo. De otra, en armonía con la dinámica afectiva-intencional de estas interacciones, se organiza una “**metaconciencia afectiva**”; ésta es un sistema metarrepresentacional abstracto de la trama de sentimientos de reciprocidad afectiva construida en el curso de esta relación, que, en coalición con los sistemas de memoria implícita, provee de modo tácito el significado afectivo de la secuencia de interacciones intencionales en la cual el sujeto se encuentra momento a momento (Balbi, 2009, 2011). Sucesivamente, durante todo el resto del ciclo vital, la relación funcional recíproca entre estas dos instancias personales en continua evolución será responsable de la experiencia afectiva inmediata del individuo, que es vivida como un sentido de identidad continuo. Gracias a la emergencia gradual de niveles cognitivos metarrepresentacionales más complejos, que operan como nuevos mediadores de la experiencia afectiva en curso, este proceso de identidad pasa cíclicamente por momentos de meta-estabilidad, en los cuales la representación de la relación significativa, y del propio modo de ser en la misma, se reformula de acuerdo con nuevos puntos de vista, generados por discrepancias afectivas.

En esta forma del funcionamiento del sistema personal tiene sus raíces la vulnerabilidad psicopatológica humana. Dado que la plasticidad y operatividad de la autoconciencia fenoménica personal varía en función de la amplitud de la gama de sentimientos que puede referirse como parte de la representación tácita de la trama metarrepresentacional afectiva en curso, la regulación que hace del sistema afectivo-emocional, en las fases de meta-estabilidad, es dirigida principalmente a adecuar sus propios contenidos en función del mantenimiento estable de un sentido continuo de viabilidad personal. Con este objetivo, la autoconciencia fenoménica utiliza la atención selectiva como mecanismo de mediación de los estados afectivo-intencionales, y, excluyendo de su foco atencional la información que implica menor reciprocidad o mayor ambivalencia de aquella contenida en la representación de la

trama precedentemente construida, trata de impedir que arriben a su dominio las discrepancias generadas por nuevos estados afectivos personales. El fracaso de la autoconciencia fenoménica en este intento de desfocalización, implica el inevitable arribo a su dominio de aspectos parciales y disociados de sentimientos discrepantes. Por lo tanto, se manifiesta a nivel fenoménico de manera sintomática, por ejemplo, sólo el aspecto afectivo, la tristeza o la ira disociadas de la representación de la pérdida, como sucede en el caso de la depresión; o se manifiestan sólo sensaciones propioceptivas e interoceptivas, rasgos fisiológicos de reacciones emocionales, disociadas de la emoción misma y de sus componentes afectivos y representacionales, como en el ataque de pánico y el síndrome agorafóbico; o solamente se presenta a nivel fenoménico la representación “ideática”, disociada de los aspectos afectivos y emocionales, como en el trastorno obsesivo (Balbi, 2009, 2011, 2012; Freud & Breur, 1893; Guidano, 1987, 1991).

### **Organización de Sentido Afectivo Personal y Duelo Tácito en la Adolescencia.**

Creo sea un error intentar explicar los procesos afectivos de la adolescencia y de la edad adulta con categorías como apego seguro, evitante y coercitivo, que han sido concebidas para describir y explicar patrones de apego típicos de las primeras fases del desarrollo. Esa línea de pensamiento, elegida por investigadores de meritado prestigio (Crittenden, 1995, 1997; Feeney y Noller, 1996; Main, 1991) ignora el hecho ya señalado que, a causa de la característica sistémica del sí-mismo, no hay continuidad lineal entre el pattern de apego primario y la organización de identidad que es construida sucesivamente. En este sentido, la importancia de la adolescencia en el desarrollo individual consiste en el hecho que en esta fase se organiza un sistema abstracto de regulación de la experiencia afectiva personal significativamente más complejo de los precedentes sistemas de la infancia y la niñez. En esas fases precedentes del desarrollo, la experiencia de continuidad personal se regula en modo concreto y en función del mantenimiento de una determinada cualidad del vínculo: en la infancia, cuando predomina la dinámica emocional, en términos de una proximidad



física y emocional con el adulto significativo, que resulte subjetivamente conveniente para el niño; en tanto que en la niñez, cuando los procesos representacionales median de manera más eficaz las reacciones emocionales, el sentido de continuidad personal se regula en términos del nivel de aprobación que el niño atribuye por parte del adulto, de sus propias actitudes y contenidos afectivo-intencionales. Durante estas etapas, el funcionamiento de las estructuras cognitivas, sensorio motrices, pre-operatorias y operatorias concretas, facilitan la desfocalización de los sentimientos discrepantes (como por ejemplo falta de reciprocidad, sentimientos ambivalentes, o percepción de engaño y manipulación, de parte del adulto) que pueden existir en la dinámica del vínculo. Al contrario, en la adolescencia, las estructuras abstractas generan la emergencia subliminal de aquellas discrepancias, produciendo un cambio profundo de la experiencia afectiva en curso, que, a su vez, dispara una reorganización radical del sistema personal. Esta reorganización implica la construcción de un nuevo sistema de autorregulación de la experiencia afectiva que debe resultar subjetivamente eficaz al adolescente para afrontar, con suficiente sensación de autorregulación emocional, las repercusiones de la experiencia de pérdida generada por las específicas discrepancias afectivas emergentes; haciendo así posible la experiencia más o menos continua de un nuevo sentido subjetivo “sí mismo”, un nuevo y específico “**sentido afectivo personal**” ontológicamente viable (Balbi, 2009b, 2014; González Rey, 2009, 2011). La experiencia de este nuevo sentido afectivo personal establece los límites de un estilo relacional afectivo, particular, que lo hace posible. Por lo tanto, en la adolescencia se organiza un sistema de retroalimentación mediante el cual un cierto estilo relacional afectivo contribuye a experimentar un sentido afectivo personal específico, ontológicamente viable y continuo, para el cual, ese mismo estilo relacional afectivo es cada vez más relevante y necesario. Este sistema será el modelo con el cual el sujeto afrontará las relaciones sentimentales en el resto del ciclo de vida.

El tipo específico de discrepancia que el adolescente tiene que enfrentar está implícita en las características del vínculo entre el niño y su adulto significativo durante la

niñez y es determinada por el particular estilo de cuidado brindado por éste al niño. A su vez, la característica peculiar de esta discrepancia define el tipo de sentido afectivo que su sistema personal organizará. Por ejemplo, en el caso de discrepancia afectiva cuya característica principal radique en la falta de reciprocidad, se organiza un “sentido personal de autosuficiencia afectiva”, que es el cierre organizacional abstracto de la “OSP Depresiva” descrita por Guidano (1987, 1991). Este desarrollo adolescente es el resultado de una estrategia parental centrada en el “parental affectionless control”, que caracteriza la actitud de cuidadores que crían niños que “serán personas de carácter”, ya que requieren de éste un nivel de responsabilidad y prestaciones que está siempre por encima de su posibilidad emotiva, al mismo tiempo que le brindan insuficiente sostén afectivo (Balbi 2013; Guidano 1987,1991; Parker, 1983). En vez, una estrategia parental que, por medio de un uso abusivo de la superioridad cognitiva del adulto, bloquea el comportamiento exploratorio del niño (que con esa actividad se alejaría de su “radio” de control, poniéndose en peligro) confrontará al adolescente con una discrepancia cuya principal componente será un nuevo sentimiento de falta de confianza en las intenciones de su partner afectivo; ya que aquellas actitudes de cuidado que antes eran vividas como muestras de afecto, son ahora interpretadas como una tentativa de control. En este caso el resultado es la elaboración de un “sentido personal de autonomía afectiva”, que es el cierre organizacional abstracto de la OSP Fóbica de Guidano (1987, 1991). Una estrategia parental de control centrada en la inducción de un sistema axiomático y de procedimientos, característica del cuidador que otorga prioridad absoluta a su función instructiva a expensas del coordinamiento afectivo con el niño, en la adolescencia favorecerá la emergencia de sentimientos ambivalentes, implícitos en la fase anterior. La elaboración de estos sentimientos ambivalentes promueve en la adolescencia la organización de un “sentido personal de ecuanimidad afectiva”, que será el cierre organizacional abstracto de la OSP Obsesiva (Balbi, 2013; Guidano 1987, 1991). Incluso para el caso en el cual la discrepancia afectiva no es grave, esta reorganización del sistema personal implica para el sujeto afrontar, por primera vez

en su ciclo de la vida, un proceso que es el paradigma de todos los trastornos psicopatológicos: el “Duelo metarrepresentacional tácito” (“Tacit metarrepresentational grief”) (Balbi, 2011, 2013, 2014). Me refiero con este concepto al proceso de elaboración de una experiencia inconsciente de pérdida (decepción, desilusión) afectiva que opera en niveles metarrepresentacionales abstractos y que tiene las siguientes características:

1. La experiencia de pérdida es generada por información subliminal acerca de cambios en la trama afectiva metarrepresentacional con el partner afectivo.
2. La intensidad y cualidad de la reacción de duelo son independientes de que esta información sea validada objetivamente.
3. Las reacciones emocionales, cognitivas, comportamentales y somáticas de duelo, se manifiestan a nivel fenoménico siempre disociadas de su correspondiente representación. O se manifiesta solo la representación disociada de los componentes afectivos
4. Estas reacciones son mucho más intensas y menos controlables, que si el mismo duelo fuese experimentado a nivel consciente.
5. Las reacciones de duelo se activan a partir de múltiples estímulos, que, evaluados desde una óptica objetiva, serían significativamente distantes del núcleo de la pérdida.

La estructura de este duelo y la forma de su resolución durante el proceso adolescente, determinan la vulnerabilidad psicopatológica de la persona, tanto en el periodo juvenil como en la etapa adulta. De una parte, en la adolescencia y primera juventud, la elaboración de intensas oscilaciones emocionales generadas por discrepancias afectivas severas en un contexto vincular poco propicio, es la condición para el debut de los graves trastornos psicopatológico que son propios de esta fase del desarrollo. Por otro lado, una elaboración disfuncional del duelo metarrepresentacional tácito de la adolescencia, genera las condiciones para la construcción de un sentido afectivo personal y un estilo relacional afectivo demasiado rígidos como para afrontar con éxito las oscilaciones afectivas propias de los vínculos sentimentales de la etapa adulta. En esta etapa, el sentido de identidad personal está ligado de manera directa a la estructura del vínculo significativo de ese momento de la vida y se regula en correspondencia al grado de plasticidad con el cual el sistema

personal es capaz de elaborar la repercusión emocional que proviene de las oscilaciones específicas de este vínculo. Debido a esto, en los periodos de meta-estabilidad, cuando cambios en la experiencia subjetiva del tiempo, promueven un reordenamiento del sí-mismo, la clave de una reorganización progresiva del sistema radica en el nivel de abstracción e integración con el cual la autoconciencia fenoménica es capaz de elaborar la discrepancia afectiva que contemporáneamente está afrontando.

Se halla aquí la premisa psicopatológica del modelo de Terapia Cognitiva Posracionalista: los fenómenos psicopatológicos tienen su origen en desbalances afectivos, metarrepresentacionales y tácitos, generados en discrepancias que, siendo difícilmente integrables para el sistema personal, provocan emociones, sentimientos, imágenes, sensaciones y comportamientos que, por presentarse de manera disociada, son vividos por la persona como incontrolables y extraños a sí. Por esta razón la Terapia Cognitiva Posracionalista se propone como un método a través del cual, el terapeuta guía al paciente en la reconstrucción y auto-observación de su manera específica de experimentar la particular discrepancia afectiva de éste momento de su vida, con el objetivo estratégico de promover, a través de la distinción e integración de toda la gama de emociones y sentimientos ligados a la discrepancia afectiva en cuestión, una reorganización del sistema personal en un nuevo y más articulado nivel de consciencia, que contenga la nueva manera de sentirse en las relaciones afectivas (Balbi 1994, 2014; Guidano 1987, 1991).

## BIBLIOGRAFIA

Aitken, K. J., Trevarthen, C. (1997). *"Self-organization in human psychological development"*. Development and Psychopathology, 9, pp. 653-678.

Ainsworth, M.D.S. (1985). *"Patterns of Infant-Mother Attachment: Antecedents and Effects on Development"*. Bulletin of the New York Academy of Medicine, vol. 61, p. 771-812.

Ainsworth, M.D.S. (1991). *"Attachment and other affectional bonds across the life cycles"*. In Parkes C. M., Stevenson-Hinde J. and Marris P. (eds.) Attachment across the life cycle, Rotledge, London. (Trad.it.: Attaccamenti ed altri legami affettive nel ciclo della vita, in Parkes, Stevenson-Hinde and Marris (eds.), L'attaccamento nel ciclo della vita. Il Pensiero Scientifico Editore, Roma, 1995).

- Allen, P. M. (1981). *"The Evolutionary Paradigm of Dissipative Structures"*. In: Jantsch, E. (ed.) *The Evolutionary Vision: Toward a Unifying Paradigm of Physical, Biological and Sociocultural Evolution*. Westview Press, Boulder, Colorado.
- Allen, P. M. (1998). *"Evolving complex systems in social science"*. In: *Systems: New Paradigms for the Human Sciences*. Walter de Gruyter, Berlin/New York.
- Balbi, J. (1994). *Terapia cognitiva posracionalista: Conversaciones con Vittorio Guidano*. Biblos, Buenos Aires. (Trad. it.: *Terapia cognitive post-razionalista. Conversazioni con Vittorio Guidano*, Alpes, Roma, 2014.)
- Balbi, J. (2004). *La mente narrativa. Hacia una concepción posracionalista de la identidad personal*. Paidós, Buenos Aires. (Trad. it.: *La mente narrativa. Verso una concezione post-razionalista dell'identità personale*. FrancoAngeli, Roma, 2009.)
- Balbi, J. (2009a). *"La metaconciencia afectiva y el sentido de uno mismo: Una concepción posracionalista de la naturaleza afectiva de la conciencia"*. *Revista de la Asociación de Psicoterapia de la República Argentina*, [www.revistadeapra.org.ar](http://www.revistadeapra.org.ar):1 (3).
- Balbi, J. (2009b). "Prólogo". In: Gonzalez Rey, F. L.; *Psicoterapia, subjetividad y posmodernidad. Una aproximación desde Vigotsky hacia una perspectiva histórica-cultural*. Noveduc, Buenos Aires, 2009.
- Balbi, J. (2011). *"Metarapresentazione affettiva tacita e senso di identità personale. Un approccio alla comprensione delle gravi patologie psichiatriche dell'adolescenza e giovinezza"*. *Rivista di Psichiatria*. Vol.46, N 5-6, pp. 337-342.
- Balbi, J. (2012). *"La dimensione emozionale umana e la psicopatologia"*. In: Nardi, B. y otros (Eds.), *Lavorare con le emozioni. Atti del XII Convegno di Psicologia Post-razionalista e Presentazione del Progetto UE Health25 Health Promotion for Disadvantages Youth*. Accademia dei Cognitivi Della Marca, Ancona.
- Balbi, J. (2013). *"Il ruolo del processo tacito vita dell'affettività nello sviluppo del senso di identità personale e nella psicopatologia in adolescenza"*. In, Nardi, B. e Arimatea, E, (Eds), *"Lavorare con la conoscenza tacita - Atti del XIV Convegno di Psicologia e Psicopatologia Post-razionalista ed aggiornamento del Progetto UE "Health25"*, Accademia dei Cognitive della Marca, Ancona.
- Balbi, J. (2014). *"Prefazione all'edizione italiana"*. In: *Terapia cognitiva post-razionalista. Conversazioni con Vittorio Guidano*, Alpes, Roma.
- Benedetti, F. (2012). *L'effetto placebo. Breve viaggio tra mente e corpo*. Carocci Editore, Roma.
- Bloom, M. V. (1980). *Adolescent- parental Separation*. Gardner, New York.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss, Vol. I, Attachment*. Basic Books, New York, 1969. (Trad it.: *Attaccamento e perdita, vol. 1, L'attaccamento a la madre*, Boringhieri, Torino 1972).
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and Loss, Vol. 2, Separation. Anxiety and Anger*. Basic Books, New York. (Trad it.: *Attaccamento e Perdita, vol. 2, La separazione dalla madre*, Boringhieri, Torino 1975).

- Bowlby, J. (1982). *Attachment and Loss, Vol 3, Loss, Sadness and Depression*. Hogart Press, London. (Trad it.: *Attaccamento e Perdita, vol. 3, La perdita della madre*, Boringhieri, Torino, 1983).
- Brent, S. B. (1978). "Prigogine's Model for Self-Organization in Non- Equilibrium Systems: Its relevance for Developmental Psychology". *Human Development*, 21, 374-387.
- Brent, S. B. (1984). *Psychological and Social Structures*, Erlbaum, Hillsdale.
- Bruner, J. (1990): *Acts of Meaning*, Harvard College. (Trd. Esp.: *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Madrid, Alianza, 1991.)
- Crittenden, P. (1995). "Attachment and Psychopathology". In: S. Goldberg (eds.), *Attachment theory:social, developmental and clinical perspectives*. Hillsdale. Analytic Press. New York.
- Crittenden, P. (1997). "Patterns of attachment and sexual behavior". In L. Atkinson, y K. Zucherman, (eds.) *Attachment and Psychopathology*, Gilford Press, Nueva York.
- de Wall, F. (1982). *Chimpanzee politics*, Jonathan Cape, London. (Trad. esp.: *La política de los chimpancés*, Alianza Editorial, Madrid. 1993).
- Damasio, A. R. (1994). *Descartes' Error. Emotion, Reason, and the Human Brain*. Grosset-Putnam, New York.
- Díaz-Benjumea M.D.J (2002). "Lo inconsciente psicoanalítico y la psicología cognitiva: una revisión interdisciplinar. Aperturas Psicoanalíticas". *Revista de psicoanálisis*, Nº. 11.
- Dorpat, T. L. (1973): "Suicide, loss, and mourning". *Life-Threatening Behavior*, 3, 213-224.
- Eccles, J. C. (1994). *How the Self Controls its Brain*. Springer-Verlag, Berlin. (Tra. it.: *Come l'lo controlla il suo cervello*, Rizzoli, Milano, 1994).
- Fantappiè, L. (2011). *Che cos'è la sintropia, Principi di una teoria unitaria del mondo fisico e biologico e conferenze scelte*. Di Renzo Editore, Roma.
- Fonagy, P., Target, M. (1997). "Attachment and reflective function: their role in Self organization". *Developmental Psychopatology*, 9, 679-700. (Trad. it.: *Attaccamento e funzione riflessiva: il loro Ruolo nell'Organizzazione del Sé*. Raffaello Cortina, Milano, 2001).
- Freud, S. (1917). "Duelo y melancolía". In Sigmund Freud, *Obras completas*. Amorrortu Editores, vol. XIV, Buenos Aires, 1989.
- Freud, S. (1895). "Proyecto de una psicología para neurólogos". In Sigmund Freud, *Obras completas*. Amorrortu Editores, vol. I, Buenos Aires, 1989.
- Freud, S., Breuer J. (1893). "El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos". In S. Freud, *Obras completas*, Tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981
- Feeney, J., Noller, P. (1996). *Adult Attachment*. Sage, Sidney. (Tra. esp.: *Apego adulto*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2001).
- Froufe, M. (1985). *Introspección e informes verbales en procesamiento humano de información*. *Estudios de Psicología*, 19/20 135-155.

- Froufe, M. (1997). *El inconsciente cognitivo: La cara oculta de la mente*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Froufe, M. (2003). "Disociaciones entre cognición y conciencia, hacia un modelo multimodular e integrado de la mente". *Estudios de Psicología*, 24 (2), 163-188.
- Froufe M., Sierra, B., Ruiz, M. A (2009). "El 'Inconsciente Cognitivo' en la psicología científica del S. XXI. Nuestra mente oculta". *Extensión Digital - Número 1- Año 2009 | ISSN 1851-9237 UNR*.
- Gallup, G. G. (1970). "Chimpanzees: Self-recognition". *Science*, N 167, p. 86-87.
- Gallup, G. G. (1977). "Self-recognition in primate". *American Psychologist* 32; p. 329-338.
- Gallup, G. G. (1982). "Self-awareness and the emergence of mind in primates". *American Journal of Primatology*, 2, 237-248.
- Greenberg, L.; Rice, L.; Elliot, R. (1993). *Facilitating Emotional Change. The Moment-by-Moment Process*. Guilford Press, New York. (Trad. esp.: *Facilitando el Cambio Emocional. El Proceso Terapéutico Punto por Punto*. Paidós, Barcelona, 1996).
- González Rey, F. L. (2004). *O Social na Psicologia e a Psicologia Social. A emergência do sujeito*. Voces, Rio de Janeiro.
- González Rey, F. L. (2009). *Psicoterapia, subjetividad y posmodernidad. Una aproximación desde Vigotsky hacia una perspectiva histórica-cultural*. Noveduc, Buenos Aires.
- González Rey, F. L. (2011). "Sentidos subjetivos, lenguaje y sujeto: avanzando en una perspectiva posracionalista en psicoterapia". *Rivista di Psichiatria*. Vol.46, N 5-6, pp. 310-314.
- Guidano V. F. (1987). *Complexity of the self*. Guilford Press, New York. (Trad. it.: *La complessità del Sé. Un approccio sistemico-processuale alla psicopatologia e alla terapia cognitive*, Bollati Boringhieri, Torino, 1988).
- Guidano V. F. (1991). *The self in processes*. Guilford Press, New York. (Trad. it.: *Il Sé nel suo divenire. Verso una terapia cognitive post-razionalista*, Bollati Boringhieri, Torino, 1992).
- Guidano, V. F., Liotti, G. (1983). *Cognitive Processes and Emotional Disorders*, Guilford Press, New York.
- Ingvar, D. H. (1990). "On ideation and ideography". In *The principles of Design and operation of the Bain, Eccles, and Creutzfeldt (Ed.) Experimental Brain Research , Series 21*, Springer, Berlin, Heidelberg.
- James, W. (1890). *The Principles of Psychology*. Holt, New York. (Trad. Esp. *Principios de Psicología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989).
- Langer, J. (1986). *The Origins of Logic: One to Two Years*. Academic Press, New York.
- Langer, J. (2011): "The mosaic evolution of cognitive and linguistic ontogeny". In M. Bowerman and S. C. Levinson (eds.) *Language acquisition and conceptual development*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Lambruschi, F. (2004). *Psicoterapia cognitiva dell'età evolutiva*, Bollati Boringhieri, Torino.

- Lindemann, E. (1944). *"Symptomatology and management of acute grief"*. American journal of Psychiatry, 101, 141-148.
- Liotti, G. (1991). *"Insecure attachment and agoraphobia"*. In Parkes C. M., Stevenson-Hinde J. and Marris P. (eds.) Attachment across the life cycle, Rotledge, London. (Trad. it.: Attaccamento insicuro ed agorafobia, in Parkes, Stevenson-Hinde and Marris (eds.), L'attaccamento nel ciclo della vita, Il Pensiero Scientifico Editore, Roma, 1995).
- Mahoney, M. (1991). *Human Change Processes. The Scientific Foundations of Psychotherapy*. Basic Books, New York.
- Main, M. (1991). *"Metacognitive knowledge, metacognitive monitoring, and singular (coherent) versus multiple (incoherent) model of attachment: finding and direction for future research"*. In Parkes C. M., Stevenson-Hinde J. and Marris P. (eds.) Attachment across the life cycle, Rotledge, London. (Trad. it.: Conoscenza metacognitiva, monitoraggio metacognitivo e modello di attaccamento unitario (coerente) vs modello di attaccamento multiplo (incoerente): dati ed indicazioni per la futura ricerca, in Parkes, Stevenson-Hinde and Marris (eds.) L'attaccamento nel ciclo della vita. Il Pensiero Scientifico Editore, Roma, 1995).
- Maturana, H., Varela F. (1987). *The tree of knowledge*. New Science Library, Boston.
- Nardi, B. (2013). *La coscienza di sé. Origine del significato personale*. Franco Angeli, Milano.
- Neimeyer, R. A. (2012). *Techniques in Grief Therapy: Creative Practices for Counseling the Bereaved*. Routledge, New York.
- Orsucci, F. (2006). *"The paradigm of complexity in clinical neuro-cognitive science"*. The Neuroscientist SAGE- 12 (4), 1-10.
- Parker, G. (1983). *"Parental "Affectionless Control" as an Antecedent to Adult Depression. A risk factor delineated"*. Archives General Psychiatric. Vol. 40, 956-960.
- Parkes, C. M. (1991). *"Attachment, bonding, and psychiatric problems after bereavement in adult life"*. In Parkes C. M., Stevenson-Hinde J. and Marris P. (eds.) Attachment across the life cycle, Rotledge, London. (Trad. it.: Attaccamento, legame e problemi psichiatrici successivi a una perdita in età adulta, in Parkes, Stevenson-Hinde and Marris (eds.) L'attaccamento nel ciclo della vita, Il Pensiero Scientifico Editore, Roma, 1995).
- Parkes, C. M., Weiss R. S. (1983). *Recovery from bereavement*. Basic, New York.
- Picardi A., Miglio R., Tarsitani L., Battisti F., Baldassari M., Copertaro A., Mocchegiani E., Cascavilla I., Biondi M. (2013): *"Attachment style and immunity: A 1-year longitudinal study"*. Biological Psychology, 92, 353– 358.
- Premack, D., Woodruff, G. (1978): *"Does the chimpanzee have a theory of mind?"*. The Behavioral and Brain Sciences, 1, 515-526. (Trad. esp. ¿Tiene el chimpancé una teoría de la mente? In E. Martí (ed.) Construir una mente, Paidós, Barcelona, 1997).



- Prigogine, I. (1976): "*Order through Fluctuations: Self-organization and Social System*". In Jantsch E. and Waddington C. H. (eds.), *Evolution and Consciousness: Human Systems in Transition*, Addison-Wesley, Reading, USA.
- Prigogine, I. (1993): *Le leggi del caos*, Laterza, Roma-Bari.
- Prigogine, I. (1997): *La Fine delle Certezze*, Bollati Boringhieri, Torino.
- Prigogine, I. Stengers I. (1985): *Order out of Chaos: Man's new dialogue with nature*. Flamingo, London.
- Prigogine, I., Stengers, I. (1988): *Tra il tempo e l'eternità*. Bollati Boringhieri, Torino.
- Reda, M.A. (1986). *Sistemi cognitivi complessi e psicoterapia*. La Nuova Italia Scientifica, Roma.
- Reda, M.A. (1996). "*Le basi emotive dello sviluppo cognitivo: considerazioni per la psicoterapia*". In Sacco G, Isola L. (Eds) *Etologia e conoscenza*. Melusina Editore, Roma.
- Reda M.A. (2005). "*L'organizzazione della conoscenza*". In: Bara, B. (Ed) *Nuovo manuale di psicoterapia cognitiva*. Bollati Boringhieri, Torino.
- Sanders, C. M. (1989). *Grief: the morning after. Dealing with Adult Bereavement*. Wiley and Sons, New York.
- Siegel, D. J. (1999). *The Developing Mind*. Gilford Press, New York. (Trad. it.: *La mente relazionale. Neurobiologia dell'esperienze interpersonale*. Raffaello Cortina Editore, Milano, 2001).
- Sperry, R. W. (1976). "*Mental phenomena as causal determinants in brain function*". In G. Globus, G. Maxwell e I Svodnik (ed.), *Consciousness and the brain*. Plenum Press, New York.
- Suomi, S. J. (1984). "*The development of affect in rhesus monkeys*". In A. Fox y r. Davison, *The psychobiology of affective Development*. Hillsdale- NJ, Erlbaum.
- Suomi, S.J. (2011). "*Risk, Resilience, and Gene-Environment Interplay in Primates*". *Journal of Canadian Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 20(4): 289–297.
- Tomasello, M. (2005). *Constructing a Language: A Usage-Based Theory of Language Acquisition*. Harvard University Press.
- Trevarthen, C. (1978). "*Secondary Intersubjectivity: confidence, confinding and acts of meaning in ten first years*". In A. Lock (ed.) *Action, Gesture and Symbol*, London Academic Press.
- Trevarthen, C. (1993). "*Le emozioni nell'infanzia. Regolatrici del controllo e delle relazioni interpersonale*". In Riva Crugnola, C. (ed.), *Lo sviluppo affettivo del bambino*. Raffaello Cortina, Milano, pp. 73-108.
- Trevarthen, C. (1998). *Empatia e biologia*. Raffaello Cortina, Milano.
- Trevarthen, C. (2005). "*Action and emotion in development of cultural intelligence: why infants have feelings like ours*". In Nadel, J., and Muir, D. (ed.) *Emotional development*. Oxford University Press, pp. 61-91.
- Rivière, A. (2003). "*Intencionalidad y metarrepresentación: Una perspectiva evolutiva*". In: Angel Rivière, A., *Obras Escogidas, Volumen 3: Metarrepresentación y semiosis*. Editorial Médica Panamericana, Madrid,

- Rivière, A., Sarria E., Núñez M. (2003). *“El desarrollo de las capacidades interpersonales y la teoría de la mente”* In: Ángel Rivière: Obras Escogidas: Volumen 3: Metarrepresentación y semiosis. Editorial Médica Panamericana, Madrid.
- Wallon, H. (1987). *Psicología y educación del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo y la educación infantil*. Visor-Mec, Madrid.
- Weiss, R. (1995). *“Il legame di attaccamento nell’infanzia e nella vita adulta”*. In: Parkes C. M. Stevenson-Hinde J. and Marris P. (eds.) *L’attaccamento nel ciclo della vita*, Il Pensiero Scientifico Editore, Roma.
- Whiten, A. (1995). *“L’evolversi di una teoria della mente. La natura del mentalismo non verbale nei primati non umani”*. In Luigia Camaioni (ed.) *La Teoria della mente. Origini, sviluppo e patologia*. Gius, Laterza e Figli, Roma-Bari.
- Worden, J.W. (1991). *Grief counseling and therapy. A handbook for the mental health practitioner*. Springer Publishing Company, New York.